

RESURRECCIÓN Y APARICIÓN A MARÍA SANTÍSIMA [218]

Meditación – 2024

Queridos hermanos ¡feliz Pascua de Resurrección para todos!. Estamos comenzando con la cuarta semana, celebrando nada mas y nada menos que el misterio de la Resurrección del Señor.

El contraste entre la tercera y la cuarta semana es ciertamente muy notable.

Pero una lleva de la mano a la otra, por la estrecha relación que hay entre la Pasión y la Resurrección, es decir, el Misterio Pascual.

Dice Santo Tomás: *«La glorificación de Cristo tras la muerte no debe entenderse como algo que aconteció a Jesús una vez cumplida nuestra Redención, sino que esta glorificación es parte integrante de la obra redentora»*¹.

La Pasión está ya bajo el signo de la resurrección: es ya el comienzo de la glorificación de Cristo.

Es un grave error poner la Resurrección sin la cruz, todo color de rosa, todo primavera.

Pero, ciertamente que también es un grave error la cruz sin la Resurrección. Es caer en un pesimismo, en un fatalismo.

¿Cuál es el fin de esta cuarta semana?: TRANSFIGURAR LO CONFIRMADO

El fin de la primera semana es «reformar lo deformado» (el pecado); la segunda es «conformar lo reformado» (conformar con Cristo); la tercera «confirmar lo conformado» (confirmar con la Pasión de Cristo lo que he conformado con la fuerza que me da la Pasión del Señor; en esta última semana el fin es «transfigurar lo confirmado».

La vida gloriosa de Jesucristo y la acción de la divinidad en nosotros son la materia de las contemplaciones de la cuarta semana. El fin de la misma es la transformación amorosa del hombre en Jesucristo glorioso y en la misma divinidad. (...)

Esta **transformación amorosa en Jesucristo**, fin de la cuarta semana, nos une con la misma divinidad. «**Considerar, dice San Ignacio, cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece se muestra ahora tan milagrosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos de ella**» [223]. Y a continuación quiere que veamos a la misma Divinidad, unida aun antes de la resurrección, tanto con el alma como con el cuerpo muerto de Jesucristo [219]. En todas las partes de sus Ejercicios, nos encamina San Ignacio hacia la Divinidad.

¹ S. TH., III, 49, 6.

El mismo Principio y Fundamento pone ya al hombre de cara a Dios para siempre; en la vida y en la eternidad. Cuando por primera vez en el coloquio del primer ejercicio de la primera semana se presenta Jesucristo ante el Ejercitante, es ya el «**Criador que es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal**» [53]. Cuando en el ejercicio del Rey temporal lo llama en su seguimiento, es el «**rey eterno y señor universal**» el «**eterno Señor de todas las cosas**» [97 y 98]. En la aplicación de sentidos, último ejercicio de cada día en las semanas segunda, tercera y cuarta, nos hace «**oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la Divinidad**» [124], y en los grandes coloquios nos encontramos siempre con aquella escala de Jacob que arranca de nosotros mismos y pasando por la Madre y el Hijo nos lleva al Eterno Padre.

Aquí dibuja San Ignacio dos caminos para llegar hasta la Divinidad; uno es el de las criaturas y el otro el de nuestro Señor Jesucristo. Este último es el que toma con preferencia San Ignacio en los Ejercicios. Pero notemos una cosa: que en las tres primeras semanas la Divinidad de Jesucristo no se manifiesta claramente sino como velada y medio oculta, mayormente en la pasión, al paso que en la resurrección se deja ver de manera milagrosa y clarísima por sus verdaderos y santísimos efectos. De este modo tan prodigioso, el alma que se había unido íntimamente con Jesucristo se encuentra ahora unida con la misma Divinidad. **(Casanovas)**.

La Resurrección del Señor es la «verdad culminante de nuestra fe en Cristo, documentada por el Nuevo Testamento, creída y vivida como verdad central por las primeras comunidades cristianas, transmitida como fundamental por la tradición, nunca olvidada por los cristianos verdaderos y hoy muy profundizada, estudiada y predicada como parte esencial del misterio pascual, junto con la cruz»² **(Juan Pablo II)**.

Por eso los Apóstoles se presentan como «**testigos de la Resurrección de Cristo**» y se eligen para ser tales, es decir, para dar testimonio de que Cristo resucitó.

Y cuando los Apóstoles se reunieron a elegir el reemplazante de Judas Iscariote, Pedro puso como cualidad esencial de los candidatos el ser capaces de dar testimonio personal y experimental de la verdad de la resurrección de Cristo: Conviene, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido **testigo con nosotros de su resurrección**. **(Hch 1,21-22)**

La Resurrección es el culmen de la Revelación. San Pablo dice al respecto algo muy fuerte: “*Si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación y vacía es también nuestra fe*” **(1Cor 15,14)**. Evidentemente, San Pablo ve en la resurrección el fundamento de la fe cristiana y casi la clave de bóveda de toda la vida cristiana.

¿Por qué? Ante todo, porque la Resurrección constituía, para la predicación de los Apóstoles, la confirmación de todo lo que Cristo mismo había “**hecho y enseñado**”: el sello divino puesto sobre sus palabras y sobre su vida.

² JUAN PABLO II, *Catequesis del 25 de enero de 1989*.

Él mismo había indicado a los discípulos este signo definitivo de su verdad. Por eso los Apóstoles dirán: **“Ha resucitado, como lo había dicho” (Mt 28,6)**.

«La resurrección -dice Juan Pablo II-, confirma la verdad de su misma divinidad... “En la Resurrección se reveló el hecho de que *‘en Cristo reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente’* (Col 2,9). Así, la resurrección ‘completa’ la manifestación del contenido de la Encarnación. Por eso podemos decir que es también la plenitud de la Revelación»³.

Cristo ha resucitado. Ha llegado a la tierra prometida. Es todo un programa de vida: caminamos hacia la resurrección. Espiritualidad de resucitados; si nos mortificamos es para participar mejor en la vida de uno que ha resucitado.

Alegría:

- De que Cristo que sufrió tanto, ahora reina glorioso.
- Cristo murió por nosotros: nos perdona, nos hace sus amigos. Debemos alegrarnos con el amigo. Cristo sale del martirio más atroz, y nos comunica el gozo de acompañarlo en los sufrimientos.
- **Gozo intenso:** En medio de los sufrimientos, podemos alegrarnos y tener paz. «*Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados*» (Mt. 5,1). Nos hace ver que los sufrimientos de esta vida no son nada en comparación con lo que nos espera. (cf. Rm 8,18)

Éste es el júbilo de la Vigilia Pascual: nosotros somos liberados. Por medio de la resurrección de Jesús el amor se ha revelado más fuerte que la muerte, más fuerte que el mal. El amor lo ha hecho descender y, al mismo tiempo, es la fuerza con la que Él asciende. La fuerza por medio de la cual nos lleva consigo. (Benedicto XVI, 2009)

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: La historia

[219] 1º preámbulo. El primer preámbulo es la historia, que es aquí cómo después que Cristo espiró en la cruz, y el cuerpo quedó separado del ánima y con él siempre unida la Divinidad, la ánima beata descendió al infierno, asimismo unida con la Divinidad; de donde sacando a las ánimas justas y viniendo al sepulchro y resucitado, apareció a su bendita Madre en cuerpo y en ánima.

San Ignacio trae como primera contemplación para esta cuarta semana la aparición de Cristo Nuestro Señor a su madre la Santísima Virgen [218].

³ JUAN PABLO II, *Audiencia del 8 de marzo de 1989*.

APARICIÓN A LA VIRGEN [218]

[218] LA PRIMERA CONTEMPLACION COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR APARECIO A NUESTRA SEÑORA, NUM. [299].

EL HECHO DE LA RESURRECCIÓN

Primero digamos algo sobre el hecho mismo de la resurrección: La Muerte del Señor es la separación de Su Cuerpo y de Su Alma. La divinidad queda presente tanto en el cuerpo como en el alma. El Alma del Señor va al limbo de los justos, donde estaban los santos del Antiguo Testamento porque no podían entrar al Cielo todavía porque Jesús no nos había redimido. Los lleva al Cielo entonces, y después se vuelve a unir su Cuerpo con Su Alma, y eso no es otra cosa que la Resurrección. Bendito Dios que nos ha dejado estampado ese momento tan impresionante en la Sábana Santa de la cual nos ha hablado hermosamente el padre Marcelo Cano.

Tenemos que tener esa alegría de que Jesucristo venció, y que nosotros vencimos con Él. Si nos cuesta mucho crucificarnos no ponernos mal, porque la Resurrección está junto con la Muerte. No tenemos que esperar la vida eterna. Ya aquí se puede vivir la alegría de la resurrección.

Cristo resucita con un cuerpo, que es:

- ✓ **Verdadero y sólido:** se deja tocar y palpar, no es imaginario.
- ✓ Es un cuerpo *humano*, con figura de hombre.
- ✓ Es *el mismo* cuerpo que antes había tenido, cubierto de sus cicatrices.
- ✓ Es un cuerpo *vivo*, y lo mostró comiendo con los apóstoles, bebiendo, hablando, etc.
- ✓ Es un cuerpo *glorificado*, por eso su novedad: entrando estando cerradas las puertas, dejándose conocer cuando Él quería, desapareciendo ante su vista, etc. Cuerpo inmortal, impasible, diáfano, espiritualizado, etc.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y LA NUESTRA

- ✓ Delante de Jesús resucitado afiancémonos bien en nuestra resurrección. Es doble: corporal y espiritual; una y otra deducida como consecuencia verdadera de la resurrección de Cristo.
- ✓ En primer lugar está segura nuestra resurrección corporal. San Pablo diversas veces repitió esta garantía que acentúa con tanta energía que llega a decir: «*Si no hay resurrección de muertos tampoco Cristo ha resucitado*». (1Cor 15,13)
- ✓ «... no dudamos ni desconfiamos (de nuestra resurrección) ni estamos pendientes con cierta expectación, sino que, habiendo recibido ya los comienzos de nuestra promesa, empezamos a ver con los ojos de la fe las cosas futuras,

alegrándonos de la exaltación de nuestra naturaleza, porque para nosotros es lo mismo creer que poseer.»⁴. **(San Leon Magno)**

✓ La resurrección espiritual ha de consistir en formar en nosotros un hombre nuevo a imagen de Cristo. Así nos dice San Pablo: «*Si resucitasteis con Cristo buscad las cosas de arriba, donde está sentado a la derecha de Dios; aspirad a las cosas de arriba no a las cosas de la tierra*». Amor a las cosas del Cielo, gusto por las cosas del cielo. ¡Qué criterios tan justo para conocer si somos hombres terrenales o celestiales, si estamos muertos o resucitados!

✓ «¿Por qué se llama santa a la resurrección con preferencia a cualquier otro misterio de Jesús? Porque en este misterio es donde Cristo parece poner de manifiesto las condiciones y elementos constitutivos y formales de la santidad humana, la cual halla en Cristo su fuente y su modelo; porque si por su vida es el camino y la luz, y nos da ejemplo de todas las virtudes compatibles con su divinidad, lo es más todavía en su resurrección, donde se muestra el ejemplar acabado de santidad». **(Beato Columba Marmion)**

✓ Hemos de ser *inmortales*, no solo no volviendo a morir por el pecado, sino procurando que nuestra alma no pueda vivir de las cosas muertas, sino solamente de la esperanza incorruptible de la gloria.

✓ Hemos de ser *impasibles*: no permitiendo jamás que nuestro amor se contagie con la corrupción de las afecciones desordenadas que hemos destruido en estos Ejercicios.

✓ Hemos de ser *luminosos*: interiormente en la claridad de nuestras ideas; exteriormente, en el resplandor del buen ejemplo y en la profesión de nuestra fe.

✓ Hemos de tener el *don de Ligereza*: en estar libres de tropiezo en lo que atañe a la gloria de Dios, y en la prontitud y facilidad en cumplir cualquier ministerio.

✓ Hemos de tener el *don de sutileza*: pasando por todas las cosas de la tierra sin contacto con ellas, con aquella perfecta indiferencia del principio y fundamento.

2º preámbulo: Composición de lugar:

[220] *2º preámbulo*. El 2º: composición viendo el lugar, que será aquí ver la disposición del *sancto sepulchro*, y el lugar o casa de Nuestra Señora, mirando las partes della en particular, asimismo la *cámara*, *oratorio*, etc.

Ver a la Virgen aguardando meditativa la resurrección del Señor, en una cámara, en la casa de Juan; ver a Cristo resucitado y glorioso junto a la Virgen. Ella está todavía en Jerusalén, no se ha vuelto a Nazareth, alguna casa por ahí que le ayude a ubicar el lugar para estar ahí como un esclavito indigno contemplando este misterio de nuestro Señor.

⁴ SAN LEÓN MAGNO – Sermón sobre la Resurrección; *Verbum Vitea* IV p. 42.

3º preámbulo: Petición:

[221] *3º preámbulo.* El tercero: demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor.

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

[222] *1º punto. 2º punto. 3º punto.* El primero, 2º y 3º punto sean los mismos sólitos que tuvimos en la cena de Cristo nuestro Señor, núm. [190].

[223] *4º punto.* El cuarto: considerar cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra agora tan miraculosamente⁵ en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della.

[224] *5º punto.* El quinto: mirar el officio de consolar, que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros.

[225] *Coloquio.* Acabar con un coloquio o coloquios, según subiecta materia y un Pater noster.

El hecho de que nuestro Señor se aparece primero a su madre no está relatado en los evangelios. San Ignacio dice en el n° 299: «apareció a la Virgen María en primer lugar, lo cual, aunque no se diga en la escritura se tiene por dicho en decir que se apareció a tantos otros, porque la escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito “¿vosotros también seguís sin entendimiento?»». O sea, lo que está diciendo San Ignacio es que con un poco de sentido común uno puede darse cuenta que Nuestro Señor se apareció a su Santísima Madre y lo hizo en primer lugar.

Para el Crisóstomo, ya a fines del s. IV, es un hecho la aparición de Jesús a su Madre en la mañana de Pascua. Otros, santos y teólogos, recogieron ese mismo parecer a través de los siglos, tanto en Oriente como en Occidente. S. Ambrosio (en su tercer libro de las vírgenes), Sedulio, S. Paulino de Nola, S. Alberto Magno, La Leyenda Dorada (s. XIII): “La Madre ha vivido la Resurrección y ha sido la primera que ha visto y ha creído” (La Resurrección del Señor); Lo menciona Sta. Teresa, S. Bernardino de Siena, S. Lorenzo de Brindis, Benedicto XV, Juan Pablo II...

«Los evangelios no nos hablan de una aparición de Jesús resucitado a María. De todos modos, como Ella estuvo de manera especialmente cercana a la cruz del Hijo, hubo de tener también una experiencia privilegiada de su resurrección»⁶.

«Aunque no se dice en los textos bíblicos, se puede pensar que fuera la primera a quien se le apareció el Resucitado»⁷.

◆ *Primer punto: motivos de la aparición*

Contemplemos las razones de esta preferencia de Jesús en sus apariciones:

⁵ milagrosamente.

⁶ JUAN PABLO II, *Discurso en el santuario de Nª Sª de la Alborada*, Guayaquil, 31 de enero de 1985.

⁷ JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*.

a) **Lo pedía la fe de María:** la aparición de Jesús Resucitado a su Madre fue mucho más que una visita de consuelo. Es la confirmación de la fe total, el sapiencial fruto de la esperanza indeficiente. Ella es la “Pisteúsasa”, la Creyente por antonomasia, que es declarada proféticamente dichosa justamente por eso (**Lc 1 45**). MARÍA, la primera. ¡Cómo no!

b) **Lo pedía el amor de Jesucristo:** Era su Hijo y qué Hijo. Podríamos juntar con la imaginación toda la piedad de todos los hijos del mundo para con sus madres y ponérsela a Jesucristo y todavía nos quedaríamos cortos; todas las delicadezas, todos los actos exquisitos que han hecho todos los hijos del mundo para con sus madres y todavía nos faltaría un buen trecho, un trecho infinito... Por eso cómo nuestro Señor se iba a aparecer primero a María Magdalena o a Pedro que a su Madre a la que tanto amaba. Sí, uno puede decir que a quién más quiere Dios, más cruz le manda, pero María ya había sufrido muchísimo en la Pasión, mucho más que todos los otros y ya era el momento del consuelo.

c) **Lo pedía el amor de la Virgen:** Era Madre y qué Madre; superior a todas las madres en la perfección e intensidad de su amor para con su Hijo.

Amor con amor se paga decimos; nuestro Señor la había visto sufrir por el amor que le tenía a Él, cómo no iba a pagar ese amor que Ella le tenía con el hecho de aparecérselo en primer lugar. Era la Corredentora, y si había sido asociada de forma particularísima al dolor de la Cruz del Hijo, también debía ser asociada al gozo de la victoria y de la resurrección.

d) Jesús resucitado tenía **oficio de consolador [224]**, y nadie como la Virgen merecía ser consolada por Cristo. Porque nunca en su vida había buscado los consuelos de Dios, nadie como Ella había sufrido con Cristo en su Pasión, nadie por tanto merecía ser consolada con el mayor de los consuelos: ver la gloria divina que se traslucía en el cuerpo glorioso de su Hijo resucitado. Mereció ver aquellas llagas gloriosas que había visto ser perforadas por agudos clavos, aquel rostro limpio y radiante, hermosísimo de su Hijo, que había visto más feo que un gusano.

e) El **amor entre ellos** dos (no es una cosa más, sino una última consideración uniendo las dos primeras) como el amor es unitivo de suyo, el amor que había entre la Virgen y su Santísimo Hijo, era tan grande como una fuerza que se atraía mutuamente, Jesús y María habían llegado a un grado tal de unión, que sus corazones se atraían como naturalmente y tenían un mismo sentir. No era, pues, conveniente que el Hijo estuviera glorioso y la Madre todavía con dolor. Qué difícil pensar que los demás estarían gozando de la resurrección y la Virgen todavía no, o que la Virgen se enteró por boca de los apóstoles, es bastante difícil de pensar eso, porque la Escritura no dice nada, debe ser simplemente, parece, por guardar la humildad de la Virgen, se la nombra muy pocas veces. Jesús quiso reducir al mínimo la profecía que lo ponía tres días bajo la tierra. Resucitó lo antes que pudo para consolar a su Madre.

Si dicen los Santos Padres que los deseos de la Virgen adelantaron el tiempo de la Encarnación, como adelantó el momento del milagro en las bodas de Caná, está bien Cristo sabía que le iba a pedir eso, pero Él mismo le dice “no es la hora todavía”, de algún modo ahora Él se adelanta, resucita antes para ir a consolar a su Madre, cómo no hemos de creer

que los deseos de la Madre y del Hijo, dirigidos en igual sentido, adelantaron la hora de la Resurrección y de la visita gloriosa...

♦ **Segundo punto: la aparición**

En un instante todo aquel cortejo de ángeles y santos, corona triunfal de Jesús resucitado, fue del Sepulcro al Cenáculo, donde muy probablemente estaría la Virgen Santísima.

Contemplémosla arrodillada como en el instante de la Encarnación, adorando profunda y amorosamente al Redentor suyo y nuestro. Jesús se acerca a Ella, la levanta y la abraza dulcemente sobre su Corazón. Quizás no intercambiaron muchas palabras, no hacía falta.

A Santa Brígida la Virgen le reveló que le costó cambiar el ánimo, no fue una cosa instantánea al ver a su Hijo, le llevo unos minutos, unos instantes, el ser humano no puede reír y llorar de un momento a otro, por eso esa gran tristeza de a poco con la presencia de su Hijo, que era lo que Ella más esperaba, de a poco se fue trocando en una inmensa alegría, ya que Ella más había sufrido porque más había amado.

Dice la Escritura que al aparecerse nuestro Señor a los apóstoles, no podían hablar, no entendían lo que pasaba de la alegría, imagínense la alegría de la Virgen. *“La paz esté contigo”*. Y siguió a estas palabras de salutación del Hijo, un coloquio que no puede expresarse con palabras, pero que diremos con la música inspirada del Cantar de los Cantares: *«Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y vente al campo, pues pasó ya el invierno y disipáronse y cesaron las lluvias; despuntan las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos; la higuera arroja sus brevas; esparcen su olor las florecientes viñas. Levántate, pues, amiga mía, beldad mía, y vente» (Cant 2, 10-13)*. Y ella responde: *«Subiré a buscarte al monte de la mirra y al collado del incienso» (Cant 4, 6)*.

Que es lo mismo que decir: *«Ya ha pasado la Pasión y mi vida temporal. Contempla mi cuerpo glorioso e inmortal, Madre mía»*.

Ver, oír, mirar, *reflectir*... esos rostros hermosísimos, llenos de gracia y esplendor, y tan alegres y gozosos que se salen de sí; mirar los gestos, el trato preferencial del Hijo para con la Madre; oír esos tiernos coloquios, como sucede en la comunión, esperar afuera, haciendo guardia, como un esclavito indigno (cf. San Luis María).

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio:

[225] **COLOQUIO SEGÚN SUBIECTA MATERIA Y TERMINAR CON UN PATERNOSTER.**

Podemos seguir con el coloquio de las Dos Banderas.

Ver [223 y 224].

Adaptaciones para la cuarta semana:

[229] 4ª nota. En esta 4ª semana en todas las diez adiciones se han de mudar la 2ª, la 6ª, la 7ª y la 10ª.

La 2ª será luego en despertándome, poner enfrente la contemplación que tengo de hacer, queriéndome afectar y alegrar de tanto gozo y alegría de Christo nuestro Señor.

La 6ª traer a la memoria y pensar cosas motivadas a placer, alegría y gozo espiritual, así como de gloria.

La 7ª, usar de claridad o de temporales cómodos, así como en el verano de frescura, y en el invierno de sol o calor, en quanto el ánima piensa o coniecta que la puede ayudar, para se gozar en su Criador y Redemptor.

La 10ª, en lugar de la penitencia, mire la temperancia y todo medio, si no es en preceptos de ayuno o abstinencias que la Iglesia mande, porque aquéllos siempre se han de cumplir, si no fuere justo impedimento.

Démos testimonio de alegría porque el Señor nos redimió, nos salvó!. Estamos en el Cielo ya en algún sentido porque la vida del Señor está con nosotros. «El que come mi carne y bebe mi sangre **tiene** vida eterna». ¡La tiene ahora! Y todas las cruces que tenemos son gracias que Dios nos da para que lleguemos al Cielo, y hay que vivirlas así, y hay que sonreír y hay que agradecer.

«...que la alegría de estos días afiance aún más nuestra adhesión fiel a Cristo crucificado y resucitado... Que María nos ayude a ser mensajeros de la luz y de la alegría de la Pascua para muchos hermanos nuestros». **(Benedicto XVI)**

Hablemos con la Virgen, con la cual podemos cantarle, decirle saboreando las palabras del Regina Coeli: «¡*Alégrate, Reina del Cielo, Aleluya. Porque aquel a quien tu llevaste en tu seno ha resucitado, como dijo. Aleluya. Ruega al Señor por nosotros, Aleluya!*».

Hablemos con Jesucristo rezando y saboreando el Anima Christi, pero en sentido glorioso, sabiendo que cada una de las partes del alma y del cuerpo de Cristo es ahora gloriosa y están indisolublemente unidas a la divinidad.

¡Con Él hemos resucitado! (Ef 2,6).

¡Feliz Pascua de Resurrección!

¡Ave María y adelante!